

HEMEROTECA

Mariana Pineda, 1927

Así recordaba Gonzalo Torrente Ballester el estreno, en 1927, de *Mariana Pineda* por la Compañía Margarita Xirgu en Oviedo. El artículo se incluía en el número 50 de Primer Acto (febrero, 1963), en plena dictadura, acompañando la publicación en la revista del texto íntegro de *Mariana Pineda*, y a raíz de su puesta en escena por Juan Antonio Bardem (con escenografía de Antonio Saura) en el Teatro Goya de Madrid.

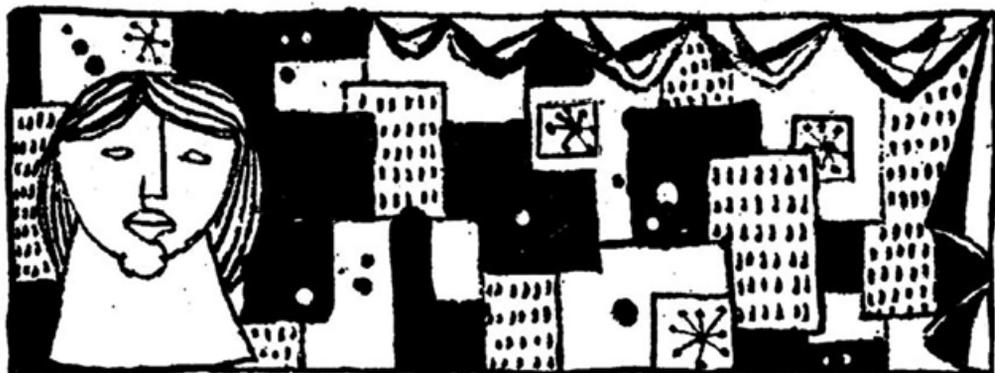
Gonzalo Torrente Ballester formó parte del Consejo de Redacción de Primer Acto desde mayo de 1961 hasta enero de 1966.

Gonzalo Torrente Ballester

Recuerdo que llovía, lo cual no es nada extraño en el octubre ovetense. (¿Octubre? Aquí me falla la memoria: no sé si habían comenzado o no las clases en la Universidad.) La compañía de Margarita Xirgu llevaba unos días de actuación con bastante éxito. Los trajes que sacaba en *La mariposa que voló sobre el mar* habían gustado mucho y los que vestía para sus paseos matinales por el Bombé, también. *Santa Juana*, de Bernard Shaw, había gustado menos, aunque fuera escuchada en silencio, sin aplausos y sin pateos, por un público que llenaba el teatro, pasillos laterales incluidos. Con *Mariana Pineda*, de un poeta entonces desconocido, Federico García Lorca, se despidió la compañía. Función de tarde: dos filas de butacas,

y algunos estudiantes, algunos ateneístas, en las alturas. Estos –ateneístas, estudiantes– no desconocían el nombre del autor. En las efímeras revistas poéticas de entonces solían aparecer poemas suyos. El *Romancero Gitano* ya estaba escrito, aunque inédito. (...)

Una niña vestida de blanco, con pollera corta, canta un romance en un escenario cuyas decoraciones, al mismo tiempo que llaman la atención, previenen al espectador de la naturaleza inusual del espectáculo. La niña atraviesa la escena, y la información acerca de la protagonista queda hecha. Nos hallamos ante un episodio de la historia de España del siglo XIX. Y es casi seguro que los asturianos de 1850, tan liberales, la conocieran al dedillo. Los de 1927 la habían olvidado ya.



© PRIMER ACTO

Ilustración que acompañaba el artículo original

La acotación del primer cuadro (primera estampa) de *Mariana Pineda* dice: “paredes blancas”. Pero si no recuerdo mal, aquellas que el propio Federico había pintado eran de un gris azulado. O quizá se equivoque mi recuerdo y las grises fueran las del segundo cuadro. ¡Hace ya tanto tiempo! Entra una criada que habla con la señora (Doña Angustias) de lo que hace, encerrada, Mariana. Al cuarto verso, los escasos espectadores arrugan la frente y se miran... “una herida de cuchillo sobre el aire”. Y cuando un poco más adelante Doña Angustias dice que a Mariana “se le ha puesto la sonrisa casi blanca / como vieja flor abierta en un encaje”, el despiste es general. A mi lado cuchichea un señor: “Debe ser una cosa escrita por uno de estos poetas de ahora”. Unos minutos después, Carmen Carbonell recitó el romance de la fiesta de toros en Ronda, y cuando llegó a aquello de “parecía que la tarde / parecía más morena” el estupor cuajó como un cristal de hielo y, acto seguido, los espectadores se desentendieron de la obra. Al terminar había uno que aplaudía en el patio de butacas y otro, no se quién, en las alturas.

Creo, sin embargo, que aquella tarde de otoño murió en Oviedo el siglo XIX literario. Es probable que los señores que podían

pagarse una butaca de patio o una platea siguieran algunos años más sin comprender que la tarde pudiera ponerse morena y, lo que es peor, intentando entenderlo; pero doy fe de que en el patio de la Universidad y en los salones del Ateneo unos cuantos muchachos llevaban la inquietud en el corazón y en la mirada despierta el entendimiento de la nueva poesía. ¡Todavía te veo, Basilio Fernández, recitando unos versos de *Favorables París Poemas*, que editaba en París César Vallejo!

Virgilio, abre tus ojos de violeta lenta
 El tiempo es bueno aunque escaso
 Abre tus ojos a ese azul tan interior
 A la invención de la imprenta
 Sin puntos ni comas, sí, como queda transcrito.

Hoy, junto a la insensibilidad de la poesía, recuerdo también la insensibilidad para la historia nacional. *Mariana Pineda* pertenecía y pertenece al teatro histórico en verso que entonces cultivaba don Eduardo Marquina, que después cultivó José María Pemán y que, desde el romanticismo (quizá con más exactitud, desde Lope de Vega), había alimentado e ilustrado la idea histórica que los españoles tenían de su patria. Es un teatro

generalmente parcial que no ve del pasado más que las glorias o lo que puede en gloria convertirse y que, de manera unánime, ha descartado de su estilo toda visión realista.

Mariana Pineda tiene la originalidad de haber elegido una historia del siglo XIX, del que los españoles seguimos sin tener ni idea; una historia de liberales y serviles, según la cual la justicia de Fernando VI envió al cadalso a una mujer por el delito de haber bordado una bandera para los liberales. Que el suceso conmovió a la gente lo prueban los romances que todavía se cantan en recuerdo de la heroína; pero, en tiempos de la Dictadura del general Primo de Rivera, el cuento apenas si trascendía el ámbito nacional y, más que una historia política era ya una historia sentimental, una romántica historia de buenos y malos donde la bondad y la maldad se la reparten equitativa y respectivamente liberales y serviles. Don Pedro Sotomayor, el héroe, es bueno, aunque no ame a Mariana, y es malo Pedrosa, que ama a Mariana, pero que persigue policialmente al caballero liberal.

Me temo que al espectador corriente de 1927 le molestasen las condiciones morales, nada simpáticas, del representante de la autoridad y la simpatía fascinadora del rebelde, por muy señorito que fuese. Me temo también que esta circunstancia le impidiese dar a la obra su sentido justo. La posición de un país ante su historia depende de su capacidad para soportar la verdad. Entre la verdad de todas las historias figura el hecho frecuente de que la autoridad haya sido tentada por manos indignas. Pero cuando

la mala salud social así lo exige, el hecho se oculta y su exposición se rechaza. No por otra razón estuvieron prohibidos *El rey se divierte* y su sucedáneo musical *Rigoletto*. En 1927 tales cosas no podían prohibirse ya, ni la censura de don Miguel (Primo de Rivera) lo hubiera hecho jamás, no obstante lo cual la sociedad de entonces, la dominante, rechazaba con la indiferencia, ya que no con el pateo o la prohibición, obras en que el poder aparece en manos indignas. La historicidad de *Mariana Pineda*, no en lo anecdótico, sino en lo radical y profundo, nos presenta un país que vive bajo la tiranía. Y la historia de España del siglo XIX es la de un país en que la autoridad no está en las manos en las que debería estar. El hecho no era nuevo, sino repetición de un mal endémico. Los dramaturgos, sin embargo, prefirieron entonces olvidarlo. Al español seguían gustándole más las apoteosis.

En aquella capital de provincia donde yo estudiaba en 1927 nadie se dio cuenta de que aquel “romance popular en tres estampas” no solo revelaba la existencia de un gran poeta lírico, sino que apuntaba una nueva temática para el teatro histórico español. El gran lírico triunfaba un año más tarde; el dramaturgo seguía después otros caminos. El ejemplo de *Mariana Pineda* quedó ahí, sin seguidores. Lo que se ha visto después sobre temas del siglo XIX vuelve el tópico y el conformismo, es decir, ha dado una vez más la espalda a la verdad •

La posición de un país ante su historia depende de su capacidad para soportar la verdad.